

LECTIO DIVINA

EL PAPA FRANCISCO HA FALLECIDO

Mensaje de la Dirección General de los Misioneros de San Carlos /Scalabrinianos

El papa Francisco, pastor de la misericordia: un legado que ilumina el camino de la Iglesia. La noticia de que nuestro querido Santo Padre Papa Francisco ya no está con nosotros nos deja muy tristes, pero nuestra fe en la resurrección nos da consuelo. «La vida no se acaba con la muerte, y la esperanza cristiana es un regalo que nos anima a seguir adelante», decía en la encíclica ***Fratelli Tutti***. Con él, la Iglesia ha vivido una época de profunda renovación, basada en la misericordia, la cercanía a los más desfavorecidos, la atención a la casa común y a la fraternidad universal, y el diálogo constante con el mundo de hoy y la promoción de la paz.

Con relación a las personas migrantes, desde el inicio de su pontificado, Francisco trazó un camino claro: una Iglesia capaz de acoger, proteger, promover e integrar. Lo hizo con palabras y con decisiones concretas. No podemos olvidar su primer viaje apostólico, el 8 de julio de 2013, a Lampedusa, símbolo de las tragedias del Mediterráneo. «¿Quién ha llorado por estos muertos?», preguntó con voz firme, condenando la «globalización de la indiferencia». Con esa visita, el Pontífice dejó una huella indeleble, situando la cuestión migratoria en el centro de la misión de la Iglesia y de la conciencia colectiva.

La atención a las personas más vulnerables fue el corazón de su acción pastoral. Para él, las miles de personas que se vieron obligadas a abandonar su tierra no son números, sino rostros, historias, personas. «No se trata solo de migrantes, se trata de nuestra humanidad», repetía a menudo, invitando a la sociedad civil a superar el miedo y a construir una cultura del encuentro. Para Francisco, la Iglesia no es una institución cerrada, sino un cuerpo vivo en movimiento, dispuesto a salir al encuentro y a hacerse cercano. «*Prefiero una Iglesia accidentada, herida y sucia por haber salido a la calle, que una Iglesia enferma por el encierro*», escribía en ***Evangelii Gaudium***. Es una invitación a no quedarse inmóviles, a no tener miedo de caminar por las periferias de la existencia. Francisco quería, de hecho, una Iglesia que supiera escuchar realmente al prójimo, no encerrada en sí misma. «*El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia en el tercer milenio*», afirmaba con convicción. Desde los Sínodos sobre la Familia hasta el de la Amazonía, ha devuelto la voz al Pueblo de Dios, favoreciendo un nuevo estilo eclesial más participativo e inclusivo.

«*La misericordia es el primer atributo de Dios*», repetía, y con este espíritu ha guiado a la Iglesia, mostrando el rostro más auténtico del Evangelio. Durante la pandemia, ha sabido ser un punto de referencia para todo el mundo. El 27 de marzo de 2020, en una Plaza de San Pedro desierta y bajo una lluvia torrencial, presidió un momento de oración extraordinario, pronunciando palabras que han quedado grabadas en la memoria colectiva: «*Nos hemos encontrado asustados y desorientados... Nos hemos dado cuenta de que estamos en el mismo barco, todos frágiles y desorientados*». En ese momento de incertidumbre y sufrimiento, el Papa reafirmó la importancia de la solidaridad y el cuidado mutuo.

En su compromiso con los migrantes, siempre apoyó con cariño y gratitud la misión scalabriniana. Las audiencias con nosotros, misioneros scalabrinianos, en ocasión dos Capítulos Generales, de la sexta edición del Fórum Internacional sobre Migración y Paz, de la canonización de nuestro Fundador Scalabrini y del Congreso de espiritualidad scalabriniana, han sido momentos de aliento y reconocimiento por nuestro servicio en las fronteras de la movilidad humana. «*Que la santidad de Juan Bautista Scalabrini nos «contagie» el deseo de ser santos, cada uno de*

manera original, única, tal como nos ha hecho y nos quiere la infinita fantasía de Dios. Y que su intercesión nos dé la alegría y la esperanza de caminar juntos hacia la nueva Jerusalén, que es una sinfonía de rostros y pueblos, hacia el Reino de justicia, fraternidad y paz». Hoy más que nunca recogemos la invitación que nos hizo el papa Francisco durante la canonización de nuestro fundador en octubre de 2022. Sus palabras y su testimonio seguirán iluminando nuestro camino para llevar siempre la luz de Jesucristo a las fronteras de todo el mundo.

En el día de su partida a la Casa de Dios, nos unimos con toda la Iglesia y todas las personas que lo reconocen como un farol que guía nuestro camino hacia Jesucristo, y unánimes respondemos a su invitación de no olvidarnos de rezar por él.

El Superior General

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA DOMINGO DE LA MISERICORDIA DIVINA

(27 de abril 2025)

Hech 5, 12-16

Sal 117

Apoc 1,9-11. 12-13. 17-19

Jn 20,19-31

TEMA

La liturgia de este domingo continúa celebrando la Buena Nueva de la victoria de Jesús sobre la muerte. Nos invita especialmente a mirar la comunidad nacida de Jesús. Ella nos asegura que Jesús está en medio de ella, camina con ella, le da la fuerza para superar las crisis y los desafíos que dificultan su camino. Es desde la comunidad cristiana que Jesús sigue ofreciendo al mundo y a los hombres, en cada paso de la historia, su propuesta salvífica y liberadora.

El Evangelio presenta la comunidad de la Nueva Alianza, nacida de la actividad creadora y vivificante de Jesús. Es una comunidad que se reúne en torno a Jesús resucitado, que recibe la Vida de Él, que está animada por su Espíritu y que da testimonio en el mundo de la Vida nueva de Dios. Quien quiera “ver” y “tocar” a Jesús resucitado debe buscarlo entre esta comunidad que nació de Él y vive de Él.

La primera lectura nos muestra cómo la comunidad cristiana de Jerusalén vivió y dio testimonio de su fe. La unidad, el amor fraterno, el estilo de vida de aquellos hombres y mujeres despertaron admiración, provocaron simpatía y llevaron a la adhesión. La vida nueva recibida de Jesús se manifestó especialmente en gestos concretos de curación y de cuidado a los enfermos y frágiles. De este modo la comunidad continuó la obra liberadora de Jesús.

En la segunda lectura, Juan, el profeta de Patmos, presenta a los cristianos perseguidos la visión del “hijo del hombre”. Se trata de Jesús resucitado, principio y fin de todas las cosas, aquel que venció a la muerte y todo lo relacionado con ella. Él está con su Iglesia y camina con ella por los caminos de la historia. Es en Él que la comunidad encuentra la fuerza para caminar y vencer las fuerzas que se oponen a la nueva vida de Dios.

Hechos 5,12-16

En aquellos días, los apóstoles realizaban muchas señales milagrosas y prodigios en medio del pueblo. Todos los creyentes solían reunirse, por común acuerdo, en el pórtico de Salomón. Los demás no se atrevían a juntárseles, aunque la gente los tenía en gran estima.

El número de hombres y mujeres que creían en el Señor iba creciendo de día en día, hasta el punto de que tenían que sacar en literas y camillas a los enfermos y ponerlos en las plazas, para que, cuando Pedro pasara, al menos su sombra cayera sobre alguno de ellos.

*Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén y llevaba a los enfermos y a los atormentados por espíritus malignos, y todos quedaban curados. **Palabra de Dios***

AMBIENTE

El libro de los Hechos de los Apóstoles, inmediatamente después de la introducción inicial (cf. Hch 1,1-11), nos ofrece una serie de relatos sobre la comunidad cristiana de Jerusalén (cf. Hch 1,12-6,7). Pero el propósito principal de Lucas, el autor de los Hechos, no es darnos un relato real y detallado de los primeros días del cristianismo después de la ascensión de Jesús al cielo; lo que pretende es proponer una catequesis sobre cómo la Iglesia de Jesús debe estructurarse y presentarse al mundo. La comunidad cristiana de Jerusalén es, en cierto sentido, madre y modelo de todas las Iglesias. Lucas, al hablar de ella, la idealizará y la “embellecerá”, para que funcione como ejemplo para todas las Iglesias que surgirán después.

En estos capítulos dedicados a la presentación de la Iglesia de Jerusalén, Lucas inserta, en un punto determinado, tres breves resúmenes que resaltan dimensiones particularmente importantes de la vida eclesial.

*El primero de estos resúmenes subraya en particular la unidad, la fidelidad a la oración y a la enseñanza de los apóstoles, el espíritu fraterno y el testimonio que la comunidad dio a los habitantes de Jerusalén (cf. Hch 2, 42-47);

*en el segundo, se pone el acento en la compartición de los bienes y en la solidaridad de los miembros de la comunidad (cf. Hch 4,32-35);

*en la tercera (que es precisamente la que nos propone como primera lectura la liturgia de este domingo), destaca la actividad curativa de los apóstoles, que suscitó el interés de la ciudad y atrajo nuevos miembros a la comunidad (cf. Hch 5,12-16).

Para comprender el alcance completo de la reflexión de Lucas es necesario tener en cuenta la situación de las comunidades cristianas a finales de los años 80 del primer siglo. El entusiasmo inicial de los cristianos estaba un tanto diluido: Jesús aún no había venido a instaurar definitivamente el “Reino de Dios” y, por otra parte, en el horizonte cercano se vislumbraban las primeras grandes persecuciones. Muchos de los creyentes se habían adaptado a una fe “tibia” e intrascendente. Hubo abandono, falta de entusiasmo, complacencia, división, conflictos y confusión (sobre todo porque empezaban a aparecer falsos maestros con doctrinas extrañas y no cristianas). En este contexto, Lucas recuerda la esencia de la experiencia cristiana y traza la imagen de lo que la comunidad debe ser y dar testimonio.

MENSAJE

Lucas enuncia, al inicio de este “resumen”, el tema que pretende destacar: *“los apóstoles realizaban muchas señales milagrosas y prodigios en medio del pueblo”* (v.12a). Luego pasa a mostrar el testimonio que la comunidad cristiana primitiva dio a los habitantes de Jerusalén.

Los cristianos de Jerusalén solían reunirse en el Pórtico de Salomón, seguramente para escuchar las enseñanzas de los apóstoles. Los demás, los que no formaban parte de la comunidad cristiana, los alababan y admiraban; pero no se atrevieron a unirse a ellos (vs. 12b-13). ¿Cómo se pueden entender dos afirmaciones aparentemente contradictorias? Lucas probablemente quiere sugerir que “los otros”, viendo el estilo de vida de los cristianos, reconocieron en la comunidad nacida de Jesús algo que venía de Dios y que era un signo de Dios. Este reconocimiento infundió en los habitantes de Jerusalén un temor respetuoso, el temor que cualquier persona siente ante la presencia de Dios. Pero con el paso del tiempo, el temor dio paso a la estima, y la estima condujo a la adhesión: *«El número de hombres y mujeres que creían en el Señor iba creciendo de día en día,»* (v. 14).

La adhesión de los habitantes de Jerusalén a la fe cristiana se vio fortalecida por las curaciones que realizaban los apóstoles: *“tenían que sacar en literas y camillas a los enfermos y ponerlos en las plazas, para que, cuando Pedro pasara, al menos su sombra cayera sobre alguno de ellos”* (v. 15). Al atribuir este poder curativo a los apóstoles, Lucas quiere decirnos que ellos continúan la obra de Jesús, llevando la vida a todos aquellos que están privados de ella. La misma actividad salvadora y liberadora que Jesús realizó en favor de los pobres, los oprimidos y demás personas que sufren, es continuada ahora en el mundo por su Iglesia. Un desarrollo particularmente original es la atribución de virtudes curativas a la “sombra” de Pedro (cf. Hch 5,15b). Nunca se afirmó tal cosa acerca de Jesús. ¿Significa esto que Pedro tenía más poder que Jesús? No. Es probablemente una manera muy concreta de sugerir que nada es

imposible para quien se pone en la órbita de Jesús y recibe de Él la fuerza para llevar la salvación de Dios al mundo.

Jesús había dicho a los apóstoles, al despedirse de ellos, poco antes de volver al Padre: «*serán mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra*» (Hch 1,8). Los apóstoles, fieles al mandato recibido, dan testimonio, con sus acciones, de Jesús resucitado y de su proyecto liberador para el mundo.

ACTUALIZACION

* En casi todos los relatos post-pascuales se reafirma la idea de que los discípulos de Jesús son, después de la muerte/glorificación de Jesús, los testigos de su resurrección y de su proyecto entre los hombres. Ahora bien, esta tarea no concernía sólo a la Iglesia de Jerusalén. Es una tarea que deben asumir los discípulos de Jesús de todas las edades, incluidos nosotros. Estamos hoy, a mediados del siglo XXI, en este tiempo difícil que nos ha tocado vivir, los testigos de Jesús resucitado y de su propuesta salvífica. En un mundo herido a cada paso por mecanismos de muerte – la guerra, la injusticia, la mentira, la arrogancia de los poderosos, la indiferencia ante el destino de los más frágiles, la marginación de los “diferentes”, la destrucción del planeta, el uso abusivo por parte de algunos de los recursos que pertenecen a todos – estamos obligados a dar testimonio de Jesús y de su propuesta del Reino de Dios. Nosotros, la Iglesia de Jesús, ¿anunciamos al mundo y damos testimonio con nuestro modo de vida de todo lo que Jesús nos enseñó con sus palabras, con sus gestos y con su vida? ¿Qué nos falta para ser –como la comunidad primitiva– una comunidad testigo de Jesús resucitado?

*Hablando de los miembros de la comunidad cristiana de Jerusalén, Lucas afirma que “*estaban todos juntos y de común acuerdo*”. La fe no es un asunto puramente individual, que cada uno vive para sí mismo, sin un marco comunitario; pero es una realidad que se recibe, se desarrolla, se vive y se celebra en el contexto de una comunidad. La Iglesia de Jesús es un cuerpo – el Cuerpo de Cristo – formado por muchos miembros, cada uno de los cuales desempeña su papel en el contexto del proyecto que Dios confió a la comunidad del Reino de Dios.

Es en el encuadre y en el diálogo comunitario que nuestra visión personal de la fe, confrontada con la visión de los demás, se purifica, se enriquece y se acerca a la verdad; es a través del compartir comunitario que discernimos el plan de Dios para el mundo y para la Iglesia; es en el apoyo de nuestros hermanos y hermanas que encontramos la fuerza para seguir siempre adelante, en fidelidad al Evangelio de Jesús.

¿Qué significa para nosotros la comunidad cristiana? ¿Vivimos nuestra fe de un modo que encaje bien en la comunidad eclesial? ¿Nos reunimos como comunidad en el “*día del Señor*” para escuchar la Palabra y compartir el pan de Jesús? ¿Colaboramos en la comunidad cristiana para que el testimonio de Jesús resuene cada vez más en ella? ¿Somos, en la comunidad cristiana, factores de unión, comunión y unidad?

*Lucas también dice, refiriéndose a los cristianos de la comunidad de Jerusalén, que “el pueblo los alababa”. Su forma de vivir, los valores que les inspiraban, su manera de llevarse bien entre ellos, despertaban aprobación y admiración. Aquellos hombres y mujeres, después de pasar por la “escuela de Jesús”, vivieron de una manera que cuestionaba y desafiaba a sus conciudadanos. ¿Cómo ven nuestros contemporáneos hoy nuestro testimonio? ¿Lo que hacemos despierta admiración e interés a nuestro alrededor? ¿Somos una luz que brilla en la oscuridad del mundo y señala hacia un mundo más justo, más fraterno, más verdadero?

*Lucas destaca especialmente los “milagros” y “maravillas” que los apóstoles de Jesús realizaron entre el pueblo. Los milagros no son necesariamente acontecimientos asombrosos que subvierten las leyes de la naturaleza; pero son signos – a veces sencillos y banales – que manifiestan la presencia liberadora y salvadora de Dios y que anuncian esta vida plena que Dios quiere dar a todos sus hijos. En aquellos gestos de bondad, de compartir, de servicio, de misericordia y de cuidado de los enfermos que realizaban los seguidores de Jesús, los demás habitantes de Jerusalén veían realizada la intervención salvadora de Dios. Hoy como ayer, los discípulos de Jesús tienen la misión de realizar “milagros”, es decir, hacer realidad la salvación de Dios en el mundo. ¿Somos conscientes de ello y buscamos, con gestos concretos, anunciar

que Jesús ha resucitado y sigue queriendo salvar a los hombres? ¿Son nuestros gestos “signos” de Dios y hacen tangible la salvación de Dios en el mundo?

SALMO 117

R. La misericordia del Señor es eterna.

Aleluya.

Diga la casa de Israel: “Su misericordia es eterna”.

Diga la casa de Aarón: “Su misericordia es eterna”.

Digan los que temen al Señor: “Su misericordia es eterna”. R.

R. La misericordia del Señor es eterna.

Aleluya.

La piedra que desecharon los constructores, es ahora la piedra angular.

Esto es obra de la mano del Señor, es un milagro patente.

Este es el día de triunfo del Señor: día de júbilo y de gozo. R.

R. La misericordia del Señor es eterna.

Aleluya.

Libéranos, Señor, y danos tu victoria.

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Que Dios desde su templo nos bendiga.

Que el Señor, nuestro Dios, nos ilumine.

R. La misericordia del Señor es eterna.

Aleluya.

Apocalipsis 1,9-11. 12-13. 17-19

Yo, Juan, hermano y compañero de ustedes en la tribulación, en el Reino y en la perseverancia en Jesús, estaba desterrado en la isla de Patmos, por haber predicado la palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús.

Un domingo caí en éxtasis y oí a mis espaldas una voz potente, como de trompeta, que decía: “Escribe en un libro lo que veas y envíalo a las siete comunidades cristianas de Asia”. Me volví para ver quién me hablaba, y al volverme, vi siete lámparas de oro, y en medio de ellas, un hombre vestido de larga túnica, ceñida a la altura del pecho, con una franja de oro.

*Al contemplarlo, caí a sus pies como muerto; pero él, poniendo sobre mí la mano derecha, me dijo: “No temas. Yo soy el primero y el último; yo soy el que vive. Estuve muerto y ahora, como ves, estoy vivo por los siglos de los siglos. Yo tengo las llaves de la muerte y del más allá. Escribe lo que has visto, tanto sobre las cosas que están sucediendo, como sobre las que sucederán después”. **Palabra de Dios.***

AMBIENTE

“**Apocalipsis**” es una palabra de origen griego que significa “**manifestación de algo que está oculto**”. El “Libro del Apocalipsis” — es un libro que se presenta como una “revelación” sobre “las cosas que deben suceder pronto” (Ap 1,1) y que un tal Juan, exiliado en la isla de Patmos (una pequeña isla en el mar Egeo) a causa de su fe, tiene la misión de comunicar a sus hermanos en la fe. Esta “revelación” está dirigida a “siete iglesias” de la provincia romana de Asia (actual Turquía), a las que el autor se sentía especialmente conectado y cuyos problemas conocía bien.

Nos encontramos en la parte final del reinado del emperador Domiciano (alrededor del año 95). Las comunidades cristianas de Asia Menor están viviendo una grave crisis interna, fruto de herejías (como la de los nicolaítas, mencionada en Ap 2,6,15), falta de entusiasmo, tibieza, indiferencia y complacencia. Por otra parte, la persecución contra los cristianos, ordenada por el emperador, había creado un clima de inseguridad y miedo: muchos seguidores de Jesús fueron condenados y asesinados y otros, temiendo por sus vidas, abandonaron el Evangelio y se pasaron al lado del imperio. En la comunidad se decía: “*Jesús es el Señor*”; pero fuera, quien realmente daba las órdenes, como señor todopoderoso, era el emperador de Roma.

Es en este contexto de crisis, persecución, miedo y martirio que se escribirá el Apocalipsis. El objetivo del autor es guiar a los creyentes a revitalizar su compromiso con Jesús y no perder la esperanza. En este sentido, el autor del libro comienza haciendo una invitación a la conversión (cf. Ap 1-3), invitando a las “siete iglesias” a corregir sus decisiones equivocadas y revitalizar su fe; luego presenta una lectura profética de la historia humana, que promete la victoria final de Dios y de sus fieles sobre las fuerzas del mal (cf. Ap 4-22). Estos contenidos se presentan con el uso sistemático de símbolos e imágenes (como

es típico de la literatura apocalíptica), lo que hace que este libro sea extraño y difícil, pero al mismo tiempo muy bello y desafiante.

El texto de la segunda lectura de hoy pertenece a la primera parte del libro (cf. Ap 1-3). Utilizando un lenguaje simbólico –porque a través de los símbolos se expresa mejor la realidad del misterio– Juan nos presenta al Señor de la historia, Aquel a través del cual Dios revela su plan a los hombres.

MENSAJE

Los cristianos, que experimentan cada día la persecución iniciada por el emperador Domiciano, están desanimados y sin esperanza. ¿Dónde está Dios? ¿Quién dirige el mundo y la historia de los hombres: Dios o el Emperador de Roma? ¿Crear en Jesús es fuente de vida o de muerte? ¿Vale la pena permanecer fiel a Jesús y a su proyecto, cuando se puede pagar esa fidelidad con la propia vida?

En respuesta a todo esto, Juan, el profeta de Patmos, utilizando símbolos del Antiguo Testamento, presenta a los cristianos perseguidos la “*visión del Hijo del Hombre*” (el texto que la liturgia de este domingo nos propone como segunda lectura no presenta la descripción completa de la visión: faltan los versículos 14-16).

Este “*hijo del hombre*” tiene apariencia humana (v. 13a), como el “*hijo del hombre*” de la visión de Daniel 7:13. Está en medio de siete candeleros (v. 12). Los siete candelabros evocan la totalidad de la Iglesia nacida de Jesús (en concreto, se mencionan siete iglesias en Asia Menor, pero el número siete significa “totalidad”, “plenitud”): las comunidades cristianas difundidas por el imperio, perseguidas por Domiciano, no están solas, abandonadas a su suerte; El Cristo resucitado está entre ellos y camina con ellos.

El «*Hijo del hombre*» está vestido con «una túnica larga» (v. 13b): la túnica evoca su dignidad sacerdotal, porque Él es el sacerdote por excelencia, el verdadero intermediario entre Dios y los hombres. También está ceñido “alrededor del pecho con un cinturón de oro” (v. 13c): el oro indica que en él reside la realeza y la autoridad sobre la historia y el mundo. Su cabeza y su cabello son blancos como la lana y la nieve (v. 14a): el blanco es el color de Dios y el cabello blanco simboliza la eternidad. Sus ojos son como llama de fuego (v. 14b): todo lo ven, todo lo saben y a todos interrogan. Sus pies se asemejan al bronce reluciente de una fragua (v. 15a): Él es todo firmeza y estabilidad, y ningún poder del mundo puede derrocarlo. Su voz es como el estruendo de aguas impetuosas (v. 15b): se oye en todas partes y, como el agua impetuosa, produce vida abundante.

El «*Hijo del Hombre*» tiene «siete estrellas en su mano derecha» (v. 16a): la Iglesia está en su mano y le pertenece; Por eso, los cristianos pueden ponerse con confianza en sus manos. De su boca sale “una espada aguda de dos filos” (v. 16b): su Palabra penetra irresistiblemente los corazones y obliga a todos a ponerse delante de ella. Su rostro «es como el sol cuando brilla en toda su fuerza» (v. 16c): en él brilla la luz de Dios, una luz intensa que los hombres no pueden contemplar directamente.

De este “*hijo del hombre*” surge una imagen innegable de poder, majestad y omnipotencia. Consciente de estar ante un ser divino, el profeta de Patmos cae al suelo, “como muerto” (v. 17a). Pero el «*hijo del hombre*» lo invita a no tener miedo y le confirma que él es el Cristo del misterio pascual (el que estuvo muerto, volvió a la vida y venció a la muerte – cf. v. 18). La historia comienza y termina en Él (“*Yo soy el primero y el último*” – v. 17b). Si Él es el Señor de la vida, el que venció la muerte, la injusticia y el pecado, los cristianos no tendrán nada que temer.

Al profeta de Patmos, Cristo resucitado le confía la misión profética de dar testimonio (v. 19). Enviado a las iglesias a proclamar un mensaje de esperanza que les ayude a enfrentar el miedo y la persecución. Juan, el profeta, está llamado a anunciar a todos los cristianos que Jesús resucitado está vivo, que camina en medio de su Iglesia y que, con él, ningún mal les sobrevendrá: él es el Señor que preside la historia y que es más poderoso que todos los reyes y emperadores.

ACTUALIZACION

*Los cristianos de finales del siglo primero, perseguidos por el imperio, tuvieron que tomar decisiones definitivas. Por un lado, estaba Domiciano, su gobierno tiránico sobre Roma y el mundo, sus

guardias pretorianas, sus tribunales manipulados, sus edictos y leyes; por otro lado, estaba Jesús, la cruz, la persecución, el martirio, el aparente fracaso. Era necesario elegir; y esta elección no era inocua: a veces decidía entre vivir o morir. Muchos eligieron a Jesús. También tenemos que tomar decisiones definitivas en cada paso. Quizás no sean siempre tan dramáticos como los que tuvieron que realizar los cristianos en tiempos de Domiciano; pero siguen siendo elecciones que deciden el sentido de nuestras vidas. Hoy como ayer Jesús permanece en un lado de la balanza. ¿Qué lugar ocupa Él en nuestras decisiones? A la hora de elegir nuestras prioridades, los valores que abrazamos y que dan contenido a nuestra vida, ¿a quién escuchamos? ¿A quién adoramos: a los influyentes del servicio, a los valores de la moda, a los intereses creados, a los poderes mundanos o a Cristo?

*Hay un elemento que a menudo nos impide tomar las decisiones correctas: el miedo. Nos rendimos ante el opresor y el injusto porque tenemos miedo de ser maltratados, de sufrir o de morir; aceptamos los valores que nos imponen porque tenemos miedo de ser ridiculizados o condenados; nos quedamos callados y dejamos que el mundo se construya de un modo que no aprobamos porque tenemos miedo de enfrentarnos a quienes se creen dueños del mundo... El miedo nos paraliza, nos impide tener voz activa en la construcción de la historia, nos impide vivir de modo correcto y constructivo, limita nuestros horizontes, nos hace renunciar a nuestros sueños más bellos... ¿Somos conscientes de que no tenemos nada que temer porque Cristo, el Señor de la historia, el primero y el último, el que estuvo muerto, pero venció a la muerte, camina con nosotros?

*Juan, el profeta de Patmos, asumió la misión de ser, entre sus hermanos asustados y desanimados, testigo de esperanza. Convencido de que ningún poder humano, ni siquiera el todopoderoso emperador de Roma, podría derrotar al “hijo del hombre”, Juan se convirtió en el heraldo de la victoria de Dios. En este mundo pobre, vacilante e imperfecto en el que cumplimos nuestra existencia, necesitamos profetas que enseñen a los hombres a mirar más allá del horizonte inmediato que ven nuestros ojos, hacia ese más allá donde ya se está gestando un mundo nuevo. ¿Aceptamos ser, en este mundo donde la historia se escribe tantas veces con colores oscuros, profetas de esperanza, testigos del Resucitado, heraldos de la vida nueva que Dios quiere ofrecer a sus hijos?

SECUENCIA

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Cordero sin pecado,
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Vengan a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí verán los suyos
la gloria de la Pascua”.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la vida,
triunfante se levanta.

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

“¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?”
“A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa.

Juan 20,19-31

Al anochecer del día de la resurrección, estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban los discípulos, por miedo a los judíos, se presentó Jesús en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con

ustedes”. Dicho esto, les mostró las manos y el costado. Cuando los discípulos vieron al Señor, se llenaron de alegría.

De nuevo les dijo Jesús: “La paz esté con ustedes. Como el Padre me ha enviado, así también los envío yo”. Después de decir esto, sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”.

Tomás, uno de los Doce, a quien llamaban el Gemelo, no estaba con ellos cuando vino Jesús, y los otros discípulos le decían: “Hemos visto al Señor”. Pero él les contestó: “Si no veo en sus manos la señal de los clavos y si no meto mi dedo en los agujeros de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré”.

Ocho días después, estaban reunidos los discípulos a puerta cerrada y Tomás estaba con ellos. Jesús se presentó de nuevo en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes”. Luego le dijo a Tomás: “Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree”. Tomás le respondió: “¡Señor mío y Dios mío!” Jesús añadió: “Tú crees porque me has visto; dichosos los que creen sin haber visto”.

*Otras muchas señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos, pero no están escritos en este libro. Se escribieron éstos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengan vida en su nombre. **Palabra del Señor***

Una clave de lectura:

Estamos en el así llamado “libro de la resurrección” donde se narran, sin una continuidad lógica, diversos episodios que se refieren a Cristo Resucitado y los hechos que lo prueban. Estos hechos están colocados, en el IV Evangelio, en la mañana (20,1- 18) y en la tarde del primer día después del sábado y ochos días después, en el mismo lugar y día de la semana. Nos encontramos de frente al acontecimiento más importante en la historia de la Humanidad, un acontecimiento que nos interpela personalmente. “*Si Cristo no ha resucitado vana es nuestra predicación, y vana es también nuestra fe, y ustedes están aún en sus pecados*” (1Cor 15,14.17) dice el apóstol Pablo, que no había conocido a Jesús antes de la Resurrección, pero que lo predicaba con toda su vida, lleno de celo. Jesús es el enviado del Padre. Él también nos envía. La disponibilidad de “andar” proviene de la profundidad de la fe que tenemos en el Resucitado. ¿Estamos preparado para aceptar Su “mandato” y a dar la vida por su Reino? Este pasaje no se refiere sólo a la fe de aquéllos que no han visto (testimonio de Tomás), sino también a la misión confiada por Cristo a la Iglesia.

AMBIENTE

Jesús fue crucificado un viernes por la mañana –el día de “preparación” para la Pascua– y murió alrededor de las tres de la tarde de ese día. Después de morir, un soldado le atravesó el corazón con una lanza; y del corazón abierto de Jesús salió sangre y agua (cf. Jn 19,31-37). El evangelista Juan ve en la sangre que brota del costado abierto de Jesús el signo de su amor entregado hasta el extremo (cf. Jn 13,1): del amor del pastor que da la vida por sus ovejas (cf. Jn 10,11), del amor del amigo que da la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13); y ve en el agua que brota del corazón traspasado de Jesús el signo del Espíritu (cf. Jn 3,5), de ese Espíritu que Jesús “donó” a los suyos y que es fuente de Vida nueva. Del agua y de la sangre, del bautismo y de la Eucaristía, nacerá la nueva comunidad, la comunidad de la Nueva Alianza. Sin embargo, los discípulos que habían subido con Jesús a Jerusalén y que serían el embrión de esta comunidad de la Nueva Alianza, desaparecieron sin dejar rastro. Están escondidos, en algún lugar de la ciudad de Jerusalén, paralizados por el miedo. ¿Fracasó el proyecto de Jesús?

A última hora de la tarde de aquel viernes, el cuerpo muerto de Jesús fue enterrado apresuradamente en un sepulcro nuevo, situado en un jardín junto al lugar donde había tenido lugar la crucifixión (cf. Jn 19,38-42). Luego llegó el sábado, el último día de la semana, el día de la celebración de la Pascua judía. Durante todo ese sábado, el sepulcro de Jesús permaneció cerrado.

A partir de aquí la narración de Juan cambia de tiempo y de registro. Hemos llegado al “**primer día de la semana**”. Es el primer día de un tiempo nuevo, el tiempo de la nueva humanidad, nacida de la acción creadora y vivificante de Jesús. “**El primer día de la semana**”, María Magdalena, la mujer que representa a la nueva comunidad, va al sepulcro y regresa confusa y desorientada porque el sepulcro está vacío (cf. Jn 20,1-2). Poco después, siempre «el **primer día de la semana**», Pedro y otro discípulo corren al sepulcro y confirman lo que había dicho María Magdalena: Jesús ya no está confinado en el dominio de la muerte (cf. Jn 20,3-10). La comunidad de Jesús comienza a despertar de su letargo; comienza a vivir en un nuevo tiempo. «Al atardecer del primer día de la semana» («es decir, al final de este primer día de la nueva creación») la comunidad de los discípulos experimenta el encuentro con Jesús, vivo y resucitado (cf. Jn 20,19-29).

MENSAJE

El texto evangélico que nos propone la liturgia de este segundo domingo del tiempo de Pascua se divide en dos partes.

En la primera parte (v. 19-23) se narra un encuentro entre Jesús resucitado y sus discípulos. Juan comienza describiendo la situación en la que se encontraban los discípulos antes de que Jesús se les apareciera: el “**anochecer**”, las “**puertas cerradas**”, el “**miedo**”, reflejan la inseguridad y la impotencia que sienten ante este mundo hostil que condenó a muerte a Jesús.

Pero de repente Jesús mismo aparece “**en medio de ellos**” (v. 19b). El crucificado está vivo; la muerte no lo venció. Los discípulos ya no son huérfanos, abandonados a la hostilidad del mundo. Poniéndose «**en medio de ellos**», Jesús resucitado se asume como punto de referencia, factor de unidad, fuente de Vida, vid en torno a la cual se injertan los sarmientos (cf. Jn 15,5). La comunidad está centrada en Jesús, sólo en Jesús. Él es el centro donde todos van a beber del agua que da la Vida eterna.

A esta comunidad que se reúne en torno a él, Jesús transmite la paz de dos maneras (v. 19 y 21). No se trata sólo del tradicional saludo hebreo (“**shalom**”); Significa también que Jesús superó todo lo que asustaba a los discípulos: la muerte, la opresión, la mentira, la violencia, la hostilidad del mundo. A partir de ahora, los discípulos de Jesús no tienen por qué vivir paralizados por el miedo.

Luego (v. 20a), Jesús muestra a los discípulos sus manos con las marcas de los clavos y el costado que fue atravesado por la lanza del soldado. En estos “**signos**” está, sobre todo, la prueba de su victoria sobre la muerte y la maldad de los hombres; pero también está la marca de su entrega a la muerte por obediencia al Padre y por amor a los hombres. En ellos, por así decirlo, está impresa la “**identidad**” de Jesús: es en estos signos de amor y de entrega que la comunidad reconoce a Jesús vivo y presente en medio de ella. La permanencia de estos “**signos**” indica la permanencia del amor de Jesús: Él será siempre el Mesías que ama y de quien brotarán el agua y la sangre que constituyen y nutren a la comunidad.

A esta “**presentación**” de Jesús, los discípulos responden con alegría (v. 20b): están contentos por-que Jesús está vivo; pero también son felices porque saben que ha comenzado un tiempo nuevo, el tiempo en el que la muerte ya no asusta, el tiempo del Hombre Nuevo, del Hombre libre, del Hombre que ha encontrado la Vida definitiva.

Luego Jesús llama a los discípulos a **la misión** (v. 21). ¿Qué misión? Precisamente lo mismo que el Padre le confió: realizar la obra de Dios en el mundo. Los discípulos llevarán a cabo siempre esta misión en conexión con Jesús (son sarmientos unidos a la vid / Jesús, pues sólo así darán fruto – cf. Jn 15,1-8).

Para que los discípulos pudieran llevar a cabo su misión, Jesús realizó un gesto inesperado pero muy significativo: “**sopló**” sobre ellos (v. 22). El verbo usado aquí es el mismo que en el texto griego de Génesis 2:7 (cuando dice que Dios sopló en el hombre de barro, infundiéndole la vida de Dios). Con el “**soplo**” de Gn 2,7, el hombre se hizo ser vivo; Con este “**soplo**”, Jesús transmite a los discípulos la Vida nueva, el Espíritu Santo, que los hará Hombres Nuevos y les permitirá vivir como testigos de Jesús resucitado. Es, en verdad, una nueva Creación. De la actividad de Jesús, de su testimonio, de su amor, de su don, nació una nueva humanidad, capaz de amar hasta el extremo, de dar la vida, de realizar la obra de Dios. Es este Espíritu el que, a lo largo del tiempo, constituye y anima la comunidad de Jesús en cada momento.

¡Aquí está la comunidad de la Nueva Alianza, nacida de la acción y del amor de Jesús!

En la segunda parte (vv. 24-29), el evangelista Juan presenta una catequesis sobre el camino que deben seguir los discípulos de Jesús de cualquier época para llegar a la fe en Cristo resucitado. La historia de Tomás, llamado Dídimo (“gemelo”), podría ser nuestra historia. Tomás es nuestro “gemelo”: tampoco nosotros siempre nos conformamos con el testimonio que nos llega de los primeros discípulos; también nosotros queremos “ver”, “tocar”, tener una prueba tangible... ¿Cómo podemos vivir el encuentro con Jesús resucitado?

Jesús resucitado se presenta a los discípulos “el primer día de la semana”, cuando la comunidad está reunida. La comunidad de los discípulos es el lugar natural donde el amor de Jesús se manifiesta e irradia; es el lugar donde surge la nueva Vida de Jesús. Es allí, pues, donde se realiza la experiencia de la presencia de Jesús vivo. Pero Tomás “no estaba con ellos” (v. 24). Estaba fuera de la comunidad. “*Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré*” – dice Tomás cuando le hablan del Resucitado (v. 25). En lugar de integrarse y participar en la misma experiencia que los demás discípulos tuvieron en comunidad, pretende obtener para sí una demostración privada de Dios. Tomás representa a aquellos que viven encerrados en sí mismos (están fuera), que no prestan atención al testimonio de la comunidad y que, por tanto, ni siquiera perciben los signos de Vida nueva que están presentes en ella.

Pero, “ocho días después” (es decir, siempre el primer día de la semana), Tomás se integra de nuevo en la comunidad; y es allí donde encuentra a Jesús resucitado, porque es allí donde se manifiestan los signos de la Vida nueva que alimentan la fe en el Resucitado (vv. 26-27). Esta experiencia es tan impactante que, del corazón entregado de Tomás, surge una extraordinaria declaración de fe, una de las más hermosas de toda la Biblia: “*¡Señor mío y Dios mío!*” (v. 28). También nosotros, los “gemelos” de Tomás, aquellos que estamos llamados a creer sin haber visto ni tocado, podemos tener la misma experiencia de Tomás: es en el encuentro con el amor fraterno, con el perdón de los hermanos, con la Palabra proclamada en comunidad, con el pan de Jesús compartido, que descubrimos y experimentamos a Jesús resucitado. Por eso la comunidad de Jesús sigue reuniéndose “el primer día de la semana”, el “día del Señor” (domingo).

Comentario:

- ***Al atardecer de aquel día, el primero de la semana:*** los discípulos están viviendo un día extraordinario. El día siguiente al sábado, en el momento en el que viene escrito el IV evangelio, es ya para la comunidad “*el día del Señor*” (Ap 1-10), ***Dies Domini (domingo)*** y tiene más importancia que la tradición del sábado para los Judíos.

- ***Mientras estaban cerradas las puertas:*** una anotación para indicar que el cuerpo de Cristo Resucitado, aún siendo reconocible, no está sujeto a las leyes ordinarias de la vida humana. Paz a ustedes: no es un deseo, sino la paz que había prometido cuando estaban afligidos por su partida (Jn 14,27; 2Tes 3,16; Rom 5,3), la paz mesiánica, el cumplimiento de las promesas de Dios, la liberación de todo miedo, la victoria sobre el pecado y sobre la muerte, la reconciliación con Dios, fruto de su pasión, don gratuito de Dios. Se repite por tres veces en este pasaje, como también la introducción (20,19) se repite más adelante (20,26) de modo idéntico.

- ***Les mostró las manos y el costado:*** Jesús refuerza las pruebas evidentes y tangibles de que es Él el que ha sido crucificado. Sólo Juan recuerda especialmente la herida del costado producida por la lanza de un soldado romano, mientras Lucas tiene en cuenta las heridas de los pies (Lc 24-39). Al mostrar las heridas quiere hacer evidente que la paz que Él da viene de la cruz (2Tim 2,1-13). Forman parte de su identidad de Resucitado (Ap 5,6)

- ***Los discípulos se alegraron de ver al Señor:*** Es el mismo gozo que expresa el profeta Isaías al describir el banquete divino (Is 25,8-9), el gozo escatológico, que había preanunciado en los discursos de despedida, gozo que ninguno jamás podrá arrebatar (Jn 16,22; 20,27). Cfr. También Lc 24,39-40; Mt 28,8; Lc 24,41.

- ***Como el Padre me envió, también yo los envío:*** Jesús es el primer misionero, el “apóstol y sumo sacerdote de la fe que profesamos” (Ap 3,1). Después de la experiencia de la cruz y de la resurrección se actualiza la oración de Jesús al Padre (Jn 13,20; 17,18; 21,15,17). No se trata de una nueva mi-

sión, sino de la misma misión de Jesús que se extiende a todos los que son sus discípulos, unidos a Él como el sar-miento a la vid (15,9), como también a su Iglesia (Mt 28,18-20; Mc 16,15- 18; Lc 24,47-49). El Hijo eterno de Dios ha sido enviado para que “el mundo se salve por medio de Él” (Jn 3,17) y toda su existencia terrena, de plena identificación con la voluntad salvífica del Padre, es una constante manifestación de aquella voluntad divina de que todos se salven. Este proyecto histórico lo deja en consigna y herencia a toda la Iglesia y de modo particular, dentro de ella, a los ministros ordenados.

- **Sopló sobre ellos:** el gesto recuerda el sople de Dios que da la vida al hombre (Gn 2,7); no se encuentra otro en el Nuevo Testamento. Señala el principio de una creación nueva.

- **Reciban el Espíritu Santo:** después que Jesús ha sido glorificado viene dado el Espíritu Santo (Jn 7,39). Aquí se trata de la transmisión del Espíritu para una misión particular, mientras Pentecostés (Act 2) es la bajada del Espíritu Santo sobre todo el pueblo de Dios.

- **A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos:** el poder de perdonar o no perdonar (remitir) los pecados se encuentran también en Mateo de forma más jurídica (Mt 16,19; 18,18). Es Dios quien tiene el poder de perdonar los pecados, según los escribas y Fariseos (Mc 2,7), como según la tradición (Is 43,25). Jesús tiene este poder (Lc 5,24) y lo transmite a su Iglesia. Conviene no proyectar sobre este texto, en la meditación, el desarrollo teológico de la tradición eclesial y las controversias teológicas que siguieron. En el IV evangelio la expresión se puede considerar de un modo amplio. Se indica el poder de perdonar los pecados en la Iglesia como comunidad de salvación, de la que están especialmente dotados aquellos que participan por sucesión y misión del carisma apostólico. En este poder general está también incluso el poder de perdonar los pecados después del bautismo, lo que nosotros llamamos “sacramento de la reconciliación” expresado de diversas formas en el curso de la historia de la Iglesia.

- **Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo:** Tomás es uno de los protagonistas del IV evangelio, se pone en evidencia su carácter dudoso y fácil al desánimo (11,16; 14,5). “Uno de los doce” es ya una frase hecha (6,71), porque en realidad eran once. “Dídimo” quiere decir Mellizo, nosotros podremos ser “mellizos” con él por la dificultad de creer en Jesús, Hijo de Dios muerto y resucitado.

- **¡Hemos visto al Señor!** Ya antes Andrés, Juan y Felipe, habiendo encontrado al mesías, corrieron para anunciarlo a los otros (Jn 1,41-45). Ahora es el anuncio oficial por parte de los testigos oculares (Jn 20,18).

- **Si no veo en sus manos la señal de los clavos y no meto mi dedo en el agujero de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré:** Tomás no consigue creer a través de los testigos oculares. Quiere hacer su experiencia. El evangelio es consciente de la dificultad de cualquiera para creer en la Resurrección (Lc 24, 34-40; Mc 16,11; 1Cor 15,5-8), especialmente aquéllos que no han visto al Señor. Tomás es su (nuestro) intérprete. Él está dispuesto a creer, pero quiere resolver personalmente toda duda, por temor a errar. Jesús no ve en Tomás a un escéptico indiferente, sino a un hombre en busca de la verdad y lo satisface plenamente. Es por tanto la ocasión para lanzar una apreciación a hacia los futuros creyentes (v. 29).

- **Acerca aquí tu dedo y mira mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente:** Jesús repite las palabras de Tomás, entra en diálogo con él, entiende sus dudas y quiere ayudarlo. Jesús sabe que Tomás lo ama y le tiene compasión, porque todavía no goza de la paz que viene de la fe. Lo ayuda a progresar en la fe. Para profundizar más en la meditación, se pueden confrontar los lugares paralelos: 1Jn 1-2; Sal 78,38; 103,13-14; Rom 5,20; 1Tim 1,14-16.

- **¡Señor mío y Dios mío!:** Es la profesión de fe en el Resucitado y en su divinidad como está proclamado también al comienzo del evangelio de Juan (1,1) En el Antiguo Testamento “Señor” y “Dios” corresponden respectivamente a “Yahvé” y a “Elohim” (Sal 35,23-24; Ap 4,11). Es la profesión de fe pascual en la divinidad de Jesús más explícita y directa. En el ambiente judaico adquiría todavía más valor, en cuanto que se aplicaban a Jesús textos que se refieren a Dios. Jesús no corrige las palabras de Tomás, como corrigió aquéllas de los judíos que lo acusaban de querer hacerse “igual a Dios” (Jn 5,18ss), aprobando así el reconocimiento de su divinidad.

- **Porque me has visto has creído. Dichosos los que no han visto y han creído:** Jesús nunca soporta a los que están a la búsqueda de signos y prodigios para creer (Jn 4,48) y parece reprochar a

Tomás. Encontramos aquí un pasaje hacia una fe más auténtica, un “camino de perfección” hacia una fe a la que se debe llegar también sin las pretensiones de Tomás, la fe aceptada como don y acto de confianza. Como la fe ejemplar de nuestros padres (Ap 11) y como la de María (Lc 1,45). A nosotros, que estamos a más de dos mil años de distancia de la venida de Jesús, se nos dice que, aunque no lo hayamos visto, lo podemos amar y creyendo en Él podemos exultar de “un gozo indecible y glorioso” (1Pt 1,8). Estos [signos] han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre: El IV evangelio, como los otros, no tiene la finalidad de escribir la vida completa de Jesús, sino sólo demostrar que Jesús era el Cristo, el Mesías esperado, el Liberador y que era Hijo de Dios. Creyendo en Él tenemos la vida eterna. Si Jesús no es Dios, ¡vana es nuestra fe

ACTUALIZACION

*En los relatos pascuales aparece siempre, en segundo plano, la profunda convicción de que la comunidad de los discípulos no estará nunca sola, abandonada a su propia suerte: Jesús resucitado, Aquel que ha vencido la muerte, la injusticia, el egoísmo, el pecado, los acompañará en cada paso de su camino histórico. Es cierto que los discípulos de Jesús no viven en un mundo apartado, donde la debilidad y la fragilidad de los humanos no les tocan. Como otros hombres y mujeres, experimentan sufrimiento, desánimo, frustración, desaliento; tienen miedo cuando el mundo elige caminos de guerra y violencia; sufren cuando son golpeados por la injusticia, la opresión y el odio del mundo; conocen la persecución, la incompreensión y la muerte... Pero, a pesar de todo esto, no se dejan vencer por el pesimismo y la desesperación porque saben que Jesús está “entre ellos”, ofreciéndoles su paz y señalándoles el horizonte de la Vida definitiva. ¿Es con esta certeza que caminamos y enfrentamos las tormentas de la vida? ¿Los demás hombres y mujeres que comparten el camino con nosotros descubren a Jesús vivo y resucitado a través del testimonio de esperanza que damos?

*El Espíritu Santo es el gran don que Jesús resucitado da a la comunidad de discípulos. Es Él quien nos transforma, quien nos anima, quien nos hace personas nuevas, quien nos hace capaces de ser testigos y signos de la Vida de Dios; es Él quien nos da el coraje y la generosidad para continuar la obra de Jesús en el mundo. Sin embargo, el Espíritu sólo actúa en nosotros si estamos dispuestos a acogerlo. Él no se impone ni irrespetea nuestra libertad. ¿Estamos disponibles para acoger al Espíritu? ¿Está nuestro corazón abierto a los desafíos que el Espíritu nos lanza constantemente?

*La comunidad cristiana gira en torno a Jesús, se construye en torno a Jesús y es de Jesús que recibe Vida, amor y paz. Sin Jesús, seremos un rebaño de personas asustadas, incapaces de afrontar el mundo y tener una actitud constructiva y transformadora; sin Jesús, seremos un grupo de personas que se basan en leyes, que viven de ritos, que defienden doctrinas y no la comunidad que vive y da testimonio del amor de Dios; sin Jesús estaremos divididos, inmersos en conflictos estériles y no seremos una comunidad de hermanos y hermanas; sin Jesús, caeremos fácilmente en caminos equivocados y beberemos de fuentes que no sacian nuestra sed de Vida... En nuestra comunidad, ¿es Cristo verdaderamente el centro? ¿Es hacia Él que todo tiende y de Él que todo proviene? ¿Escuchamos Sus palabras, nos alimentamos de Él, vivimos de Él, estamos conectados a Él como las ramas están conectadas a la vid?

*No es en las experiencias personales, íntimas, cerradas y egoístas que encontramos a Jesús resucitado; pero lo encontramos siempre que nos reunimos en su nombre, en comunidad. Es en el diálogo comunitario, en la Palabra compartida, en el pan partido, en el amor que une a los hermanos y hermanas en una comunidad de vida, que experimentamos la presencia de Jesús vivo entre nosotros. ¿Qué significa para nosotros la comunidad cristiana? ¿Nos sentimos bien caminando en comunidad, o nuestra experiencia de fe es una experiencia aislada, al margen de las riquezas y desafíos que la comunidad me ofrece? Y, en este contexto, ¿qué significa para nosotros participar en la celebración de la Eucaristía, en el “primer día de la semana”, el día de la reunión comunitaria alrededor de la mesa de Jesús?

*Es en los gestos de amor, de compartir, de servicio, de encuentro y de fraternidad que encontramos a Jesús vivo, transformando y renovando el mundo; es con gestos de bondad, misericordia, compasión y perdón que damos testimonio al mundo de la nueva Vida del Resucitado. ¿Quién busca a Cristo resucitado lo encuentra en nosotros? ¿El amor de Jesús –amor total, universal e inconmensurable– se refleja en nuestras acciones y en nuestra vida?